

ET 12 – PROCESOS SOCIOÉTNICOS

María Inés Huespe Tomá

Facultad de Filosofía y Letras/UBA

ines.huespe@gmail.com

REPRESENTACIONES DE LA NATURALEZA ENTRE LOS GRUPOS INDÍGENAS DEL CHACO AUSTRAL EN EL SIGLO XVIII

RESUMEN:

En tiempos de la conquista y colonización del extremo sur americano, cuantiosos grupos indígenas lograron mantenerse al margen del poder de la Corona española con autonomía política, económica y control de su territorio. No obstante, se deben resaltar los asiduos contactos con los sectores hispanocriollos logrando incorporar a su cotidianidad tanto bienes materiales y tecnologías como recursos. Asimismo, reconocemos que se trata de un espacio intervenido por la conquista y colonización del territorio, a partir de las cuales se incorporaron nuevas especies vegetales y animales al diverso ecosistema prehispánico.

El objetivo de este trabajo es analizar los procesos socioétnicos a partir de los usos y percepciones de la flora y la fauna en las menciones de los documentos y fuentes históricas sobre los indígenas del Chaco durante el siglo XVIII. Basándome en la bibliografía disponible y en el análisis de las fuentes documentales de primera mano, propongo abordar la relación entre los grupos indígenas y el entorno natural en el espacio Chaqueño; identificando diferentes formas de percepción de la naturaleza, la explotación de determinados recursos y las relaciones sociales involucradas en estas actividades. Este estudio busca inscribirse como una aproximación a la etnobotánica histórica que examina los usos, prácticas, conocimientos y significados que se conjugan en una sociedad en relación a su ambiente a partir de las herramientas metodológicas de la antropología (Scarpa y Rosso, 2014).

Introducción

El objetivo de este trabajo es analizar los procesos socioétnicos a partir de los usos y percepciones de la flora y la fauna en las menciones de los documentos y fuentes históricas sobre los indígenas del Chaco durante el siglo XVIII. Basándome en la bibliografía disponible y en el análisis de las fuentes documentales de primera mano, propongo abordar la relación entre los grupos indígenas y el entorno natural en el espacio Chaqueño; identificando diferentes formas de percepción de la naturaleza, la explotación de determinados recursos y las relaciones sociales involucradas en estas actividades. Este estudio busca inscribirse como una aproximación a la etnobotánica histórica que examina los usos, prácticas, conocimientos y significados que se conjugan en una sociedad en relación a su ambiente a partir de las herramientas metodológicas de la antropología. (Scarpa y Rosso, 2014)

Partiremos una descripción física y discursiva del espacio chaqueño, junto a la conformación de las distintas fronteras: la frontera santafesina, la del Paraguay y la occidental en la jurisdicción del Tucumán. Este trabajo se centrará en los conocimientos etnobotánicos de grupos indígenas específicos. Por un lado de los mocovíes ubicados en la frontera oriental- y por otro- los grupos lules y vilelas en la frontera occidental. Estos grupos si bien se ubican en sectores distintos y presentan desarrollos históricos particulares representan el modelo de categorías binarias construido desde el sector colonial que reconocía “indios de tierra adentro” vs. “indios fronterizos” o, lo que es lo mismo, “indios ecuestres y nómades” vs. “indios sedentarios y a pie” (Vitar, 1997). Asimismo abordaremos las representaciones de la naturaleza desde los escritos jesuitas; en su rol de misioneros, ellos dejaron largos manuscritos, que recogen no solo experiencias propias con un matriz “etnográfico” sino también informaciones recopiladas por otros. Por último realizaremos un análisis de los conocimientos usos y prácticas que estos distintos grupos tuvieron sobre su entorno natural, poniendo énfasis en la recolección de miel, elemento para el que ambos grupos tienen entendimientos y usos específicos.

El espacio chaqueño

La representación del Chaco¹ como área geográfica determinada aparece en los documentos como resultado del proceso de delimitación de una extensión territorial más amplia con fines de colonización. La construcción del espacio chaqueño responde a una operación colonizadora de la región sur del continente americano, a la oportunidad de nuevas riquezas y promesas de tierras para los españoles. Sin embargo esta empresa se mostró menos prometedoras de lo que habían anticipado. Como explica Carina Lucaioli (2010), las llanuras semidesérticas combinadas con pantanos y frondosa vegetación, develó la complejidad geográfica del área chaqueña. Otra de sus características para describirlo como un espacio de difícil y tardía colonización para los sectores españoles fue la resistencia ejercida por los grupos nativos que habitaban el área.

Siguiendo lo anterior, en el área chaqueña se dieron dos procesos paralelos: por un lado, la construcción del imaginario de Chaco como un lugar ajeno al dominio colonial y entendido como tierra de indígenas insumisos; y, por otro lado, la consolidación y configuración de sus espacios fronterizos donde diversos actores sociales pertenecientes a distintos grupos étnicos delinearon diferentes estrategias de interacción relacionadas con la tensión implícita en las situaciones de colonización (Lucaioli, 2010). Estos espacios trazados sobre una base más simbólica que territorial conforman las fronteras entendidas como “espacios de interacción entre los sectores hispanocriollos y los grupos nativos, cuyos límites geográficos y culturales –difusos, múltiples y dinámicos– se definían a través del contacto, la negociación interétnica y los mestizajes”(Nacuzzi y Lucaioli 2014:28).

En relación a las fronteras y a los diversos grupos étnicos que habitaban la zona, el mapa de los espacios de interacción con los grupos indígenas del Chaco podría simplificarse en tres fronteras principales: la occidental, sobre la gobernación del Tucumán, la austral, sobre la jurisdicción de Santa Fe y la oriental, sobre la Gobernación del Paraguay. En la frontera occidental de la jurisdicción del Tucumán se encuentran, entre otros, los grupos lules y vilelas al que nos hemos

¹Como explica Carina Lucaioli (2017), siguiendo a Tissera la aparición más temprana del vocablo “Chaco” en las fuentes data de 1589 bajo la designación de “Chaco Gualambo” para indicar la extensa planicie que se ubicaba al este del Tucumán. Durante el siglo XVII el vocablo “Chaco” fue utilizado de forma más consensuada para indicar un territorio específico, junto a mayor especificidad en las designaciones de los grupos indígenas que allí se encontraban. Este enlace explica el proceso de construcción colonial de la región como unidad geopolítica. (Lucaioli 2009, Pensa 2017).

referido mientras que, los mocovies, pueden encontrarse movilizándose entre los tres espacios de frontera aunque, a mediados del siglo XVIII, con mayor énfasis en la parte austral

Como explica Farberman (2011), a mediados del siglo XVII, se dieron una serie de cambios medioambientales que fueron acompañados por la adopción del caballo por parte de los guaycurúes, grupos cazadores recolectores nómades. Es muy posible que las incorporaciones de ganado vacuno, del medio ecuestre y de bienes de origen europeo hayan producido disputas interétnicas entre los grupos indígenas del Chaco. A raíz de estos conflictos, los grupos pedestres y agrícolas se habrían desplazado hacia las fronteras, quedando más expuestos a los emplazamientos coloniales y sellando alianzas con los españoles. Como explica Vitar (1997), esta situación trazó un gráfico de dos espacios bien diferenciados en el Chaco: una zona interior habitada por guaycurúes y una zona periférica habitada por indios “a pie”, semisedentarios y agrícolas, que contribuyó a profundizar el dualismo entre los “indios tierra adentro” y los “indios fronterizos”. Esta distinción, explica la autora, fue captada y manipulada por los sectores españoles para la asociación de los indios ecuestres como “enemigos” y a los a pie y cultivadores como “amigos” de la Corona, con sus consecuentes y distintivas políticas de contacto.

En este trabajo se abordarán dos grupos específicos con actuación privilegiada en dos zonas de frontera distintas. Por un lado, los grupos lules y vilelas en la frontera occidental y, por otro lado, los mocovíes asentados en la frontera sur del área santafesina en reducciones jesuitas. Estos indígenas presentan características diferenciadoras que, como ya hemos señalado, sirvieron para clasificar a las poblaciones indígenas en términos dicotómicos- los “indios dóciles” y los “indios insumisos”-, dando pie a la construcción de un modelo de interpretación creado en la colonia pero largamente reproducido por la historiografía.

Deconstruir tal esquema binario implica valernos de recursos conceptuales, tal como lo propone a fines de los años 60 Frederick Barth (1976) con la noción de límites étnicos, dando así una mirada más dinámica a la definición de identidad y reformulando posturas ahistóricas y esencialistas. El autor explica que para definir a los grupos étnicos no se debe remitir a una suma de diferencias objetivas entre ellos, sino a los rasgos que éstos definan como reveladores; es en el contacto que los límites étnicos acentúan la diferencia para conservar la especificidad de los

grupos. Por otra parte, Nacuzzi (1998) introduce el concepto “identidades impuestas”, para señalar como los rótulos étnicos fueron dados y/o forzados para fines administrativos por parte del sector colonial, impactando en las dinámicas de la etnicidad. De esta manera, las situaciones de contacto conllevan a la construcción de categorías étnicas y relaciones de poder, de subordinación y dominación por medio de dispositivos discursivos a través del tiempo. Además, como sostiene Boccara, el nomadismo podía ser una invención para justificar la guerra, la encomienda o bien una mera expresión clasificadora para expresar que “su inscripción en el territorio era distinta a las de los agentes colonizadores” (Boccara 2011:117).

Los grupos mocovíes conformaban bandas exógamas enlazadas por relaciones de parentesco y alianza. Durante la estación invernal se fisionaban en unidades menores y durante la cálida se fusionaban en agrupaciones mayores. En otras palabras, constituían un gran número de familias extensas emparentadas que se desplazaban cíclicamente sobre un territorio con fines sociales concertando al mismo tiempo relaciones de alianza política y ceremonial (Rosso 2012). Como ya hemos señalado, los espacios chaqueños fronterizos fueron utilizados por los indígenas para su subsistencia y vida social, constituyéndose como centros de negociación y saqueo con relaciones pacíficas como violentas. No obstante, como explica Nesis (2005), estos grupos fueron insertándose en redes de comercio colonial, proveyendo de ganado a agentes militares, a hacendados y vecinos. Es así que las relaciones fueron tomando mayor fluidez entre guaycurúes e hispanocriollos, resultando que para inicios del siglo XVIII, la economía de estos indígenas no pudiera entenderse separada del sector colonial.

En cuanto a los grupos indígenas lules y vilelas, comprendemos que tuvieron desarrollos históricos particulares y no es nuestra intención negar esas especificidades, sin embargo, aparecen en la historiografía como históricamente unidos o mezclados, como partes intrínsecas de la familia lingüística “lule-vilela”.

Las crónicas tempranas que relatan las primeras entradas españolas a la región del Tucumán designan como juríes a los indígenas asentados en la actual llanura tucumano- santiagueña y el piedemonte y valles de las sierras de Aconquija, Alto, Ancasti, Gracian y Guasayán. Posteriormente, para fines del siglo XVI y comienzos del XVII aparecen en los documentos los

rótulos de lules y tonocotés (Castro Olañeta, 2013) Según Lorandi (1980), los lules se dividieron tempranamente en dos grupos: uno semisedentarizado que ocupaba las riberas de los ríos Dulce y Salado en Santiago del Estero y las sierras de Tucumán y, el otro (quizás de tronco mataco mataguayo), ocupaba las márgenes del Bermejo, era nómada y responsable de los ataques a las comunidades sedentarias de la región y de los asentamientos españoles del Tucumán. La autora sugiere que los lules sedentarizados pudieron haber compartido las aldeas prehispánicas con grupos tonocotés, con tan alto grado de integración que impidió que los españoles los identificara separadamente.

Sobre los vilelas, explica Golluscio (2015) que su historia estuvo signada por desplazamientos, así como por el contacto y la fusión con otros grupos pre-coloniales. Es muy probable que hayan estado en contacto con pueblos y lenguas pertenecientes a la llamada “Esfera Inca”. La autora señala que durante el siglo XVI, se encontraban en la banda ubicada entre el río Salado y el Bermejo, de manera que parecen haber compartido el hábitat con los lules y tonocotés y que pudieron haber sufrido en los años siguientes- cambios en la lengua hacia el quichua santiagueño. El contacto e interacción con distintas variedades de quechua puede haber profundizado las estrategias de intervención colonial y misionera. Antropólogos, historiadores y lingüistas coinciden en que muchos grupos vilelas en el siglo XVI fueron encomendados y evangelizados bajo el nombre de “lules”. Asimismo huyendo de la explotación colonial se pudieron haber integrado a grupos de lengua tonocoté. Durante el siglo XVIII, las crónicas comienzan a identificar a los “vilelas” como grupo étnico del Chaco occidental.

Precisamente como explican Farberman y Taboada (2018), aún cuando los indios lules fueron reducidos en Salta y Tucumán, no escasean las menciones en las fuentes documentales que señalan los contactos entre ellos “a orillas del Salado en Santiago del Estero”. Es posible pensar en la idea de comunidades de presencia esporádica de grupos lule y vilela en zonas aledañas al río Salado santiagueño. Un modo de habitar que implicaba la instalación con retornos periódicos y con algún espacio dedicado a las actividades agrícolas, comunitarias y rituales.

Con la instalación de la sociedad colonial, una de las tantas ordenes que vinieron a misionar, predicar la palabra de Dios y evangelizar el “Nuevo” continente lleno de infieles, fue la

Compañía de Jesús. Una de las formas para llevar a cabo tales labores fue la creación de misiones donde se asentaban indígenas bajo la administración de dos o tres misioneros debiendo autoabastecerse por medio de prácticas agrícolas y ganaderas e incorporarse a las rutinas evangélicas. Tanto los grupos mocovíes, como los lules y vilelas fueron reducidos durante el siglo XVIII². A pesar de los intentos de “aislar” a los indígenas, la reducción no constituyó una zona cerrada como pretendían los misioneros, sino que hubo un tránsito libre y cotidiano de los nativos por el ámbito de las reducciones, por el de las poblaciones hispanocriollas y por sus territorios “tradicionales” (Rosso 2012). De este modo, si bien se adquirieron nuevas actividades económicas dentro del ámbito misional, también continuaron realizando labores socioeconómicas por los espacios utilizados antiguamente.

Las actividades económicas y la relación con el entorno natural

Este trabajo se abordará desde escritos jesuíticos que retratan los conocimientos, usos y prácticas que los indígenas tenían de su entorno natural. La cuestión se plantea principalmente desde la etnobotánica, la cual se ocupa del estudio de las interrelaciones entre el grupo humano y el entorno vegetal analizando las transformaciones dadas en las interacciones del entorno social (Rosso 2012). Asimismo esta perspectiva se enriquece a partir de una lectura de las fuentes en clave etnohistórica que ofrece la posibilidad que analizar los cambios que se suscitaron en diversos aspectos –como la economía o la organización social, entre otros– dentro del contexto misional.

Como mencionamos anteriormente, los mocovíes se dividían en un número variable de familias extensas emparentadas que convivían en un grupo local y se trasladaban regularmente sobre un territorio (Rosso 2012). Como explica Nesis (2005) la movilidad de este grupo puede estudiarse desde dos aristas; en primer lugar la movilidad de una agrupación dentro de un territorio y, en segundo lugar como movilidad intergrupal a través de un entramado de relaciones sociales y jerarquías. Nos centraremos en la primera acepción del término para explicar cómo se

² Los lules fueron reducidos en San Esteban de Miraflores en 1711; mientras que la primera reducción para los vilelas fue en 1735 en San Josep de Vilelas, luego trasladada a las cercanías de los bañados de Figueroa y conocida como Petacas. Recién en 1743 se estableció San Javier, la primera reducción para los grupos mocovíes e la jurisdicción de Santa Fe.

conjugaban los cambios ambientales en relación a las estaciones del año con los ritmos de agrupamiento y dispersión de estos grupos chaqueños.

La movilidad de los grupos guaycurúes impulsaba y estimulaba distintos planos de su vida social. En el caso particular de los mocovíes, activaba el ciclo ritual anual, es decir que los momentos del año se correspondían con distintos estados de la sociedad que permitía alianzas, enfrentamientos, matrimonios e intercambios (Nesis 2005). En sus escritos, Paucke hace referencia a que durante la primavera, momento en el cual se llevaba a cabo la recolección de la algarroba, distintos grupos se congregaban y consumían conjuntamente esta bebida³, producto de la fermentación de dicho vegetal: “Cuando comienza la primavera suelen los indios acercarse más entre sí que en tiempo de invierno donde se ocupan más de la caza que del beberaje” (Paucke 2010:307). Mientras que en el invierno se practicaban las actividades de caza y los grupos se dispersaban ampliamente, además de que incluía un tipo de movilidad diaria con el traslado hacia distintos campamentos. Estos establecimientos base servían para la realización, por parte de los hombres, de las cacerías mientras las mujeres se encargan de la provisión de agua y leña (Nesis 2005).

De esta manera, puede pensarse como las estaciones del año -junto a sus cambios climáticos, de vegetación, de paisaje etc.- delineaban particulares relaciones con el ambiente y también entre los grupos mismos. En este sentido, podemos observar un ciclo anual de movilidad que está marcado por la estacionalidad, con la existencia de una estación lluviosa y otra seca que influyo a la bipartición anual (Rosso 2012).

Por otra parte, con el establecimiento de las reducciones, la agricultura se colocó como la mejor alternativa para la ansiada meta hispanocriolla de la evangelización y la sedentarización, para alejar a los indígenas de la caza, la pesca y la recolección. Precisamente en el espacio reduccional comenzó a transformarse el ciclo anual superponiéndose el calendario agrícola, es decir a los meses de siembra y cosecha. No obstante, los mocovíes consideraban los permisos para las partidas de caza como una de las mejores pagas por la realización de tareas agrícolas en las

³ Sobre el consumo de bebidas fermentadas y las ceremonias que las acompañan puede leerse Scala (2019).

reducciones; con ello como podemos observar la superposición de los ciclos anuales a los tiempos agrícolas (Rosso 2012).

Como habíamos mencionado el trabajo de Farberman y Taboada (2018) con respecto a los lules dilucida nuevas preguntas acerca de la movilidad de este grupo. Asociado históricamente al estereotipo de indio sedentario, concebido como productor en contraposición al indio nómada de economía cazadora y recolectora, las autoras permiten matizar el modelo a través de una lectura fina de las fuentes jesuíticas y de la evidencia arqueológica, proponiendo la posibilidad de que hayan experimentado una movilidad intermedia.

Tal movilidad, en las fuentes jesuitas aparece signada a la escasez de agua, la recolección de los frutos de la algarroba, la agricultura, los rituales fúnebres y las fugas. Los cuatro primeros están asociados a un modo de vida prereducional y, el último, a la vida en las misiones jesuitas y el contacto con la sociedad colonial. En este caso nos centraremos en los dos primeros que dan cuenta como los factores ecológicos tienen incidencia en la territorialidad de estos grupos indígenas. A su vez, señala cómo el paisaje y los condicionamientos ecológicos influyen en las dinámicas sociales particulares, que permite hipotetizar la presencia de zonas de encuentro, intercambios y relaciones más amplias con otros grupos que circundaban por el mismo espacio geográfico, ya sean de la misma o de distinta familia lingüística.

Precisamente en las obras de Guillermo Furlong en las cuales se transcriben distintos pasajes de jesuitas junto a comentarios del autor encontramos descripciones prolijamente observadas acerca de la escasez de agua, cuestión repetidamente nombrada, lo cual coincide con la movilidad intermedia propuesta por Farberman y Taboada (2018), junto con la repercusión de otros factores ambientales.

El aprovisionamiento del agua se vuelve un punto interesante en la relación del entorno para los lules así como para los vilelas. En los escritos se indica un territorio intermedio entre el Salado y el Bermejo, donde los “pozos” –sitos específicos para el aprovisionamiento de agua- son descriptos por la salinidad de su agua y la importancia como punto de reunión. Camaño enuncia:

Suplían la falta de ríos y manantiales perennes con el agua llovediza que se recoge en ciertos bajíos de tierra, los cuales cavaban y profundaban más, para que el agua recogida en las lluvias durase por más tiempo. Mas como aun esta diligencia no bastaba para que tuviesen agua por todo el año, por ser grandes los ardores del sol y muy seca y sedienta la tierra, guardaban en hoyos profundos multitud de tinajas grandes llenas de agua para el verano. Guardaban también sandías. Serviales asimismo de bebida el jugo de unas raíces grandes a manera de botijos, que ellos llaman nagli, tanto o más jugosas o aguanosas que las sandías que la divina providencia puso en aquellos secadales; con estos dan también de beber a sus animales, cuando les falta agua. (Camaño en Furlong 1939:41)

Asimismo la breve descripción que realiza -Andreu en relación al intento de agregar omoampas a la reducción de lules, puede observarse que en esa travesía fue guiado por “unos bosques impenetrables que no tenían agua”, luego pasando por el Rio Salado “cavaron en aquellas tierras algunos pozos de balde; pero el agua de todos era muy salobre” por esta razón, finaliza que “surtían agua de algunas lagunitas que se recogía con las lluvias, y tal vez salían a beber y levantar agua del río” (Andreu en Furlong 1941:51).

Otra cuestión de gran importancia en las actividades económicas de los grupos indígenas del Chaco fue la recolección de los frutos de la algarroba, la cual conllevaba la “entrada al monte” y el abandono parcial o temporario de sus residencias ya sea en las reducciones o en los campamentos bases al interior del Chaco. Además, es revelador que las “juntas y las borracheras” se realizan luego de finalizarse dicha recolección, las cuales implican encuentro entre varios grupos y la convivencia dentro de un entorno ritual, social y político, donde los “convidados y devotos” facilitaban el entendimiento entre grupos de distintas geografías y con aspectos sociales y culturales diversos.

Con respecto a la miel, a través de la lectura de las distintas fuentes pudimos vislumbrar que todos los grupos indígenas que fuimos explicitando- mocovíes, lules y vilelas- tuvieron un gran desarrollo en la labor de la extracción de este recurso. Tal actividad, según los han señalado

varios autores⁴, se asocia a un conjunto de prácticas y un conocimiento específico desde antes de la llegada de los españoles que luego, a través del tiempo fue siendo modificada e insertada dentro de los circuitos comerciales de la colonia.

La recolección de la miel de las meliponas, abejas nativas sin aguijón, fue de suma importancia entre los grupos nativos del Chaco, y los mocovíes no fueron la excepción. Tenían un gran reconocimiento en diversas especies de plantas melíferas. De igual manera, distinguían diversos tipos de mieles, entre ellas la llamada “nocatec” de donde deriva el nombre “nacatec lací” o “molle montés, y también que en el tronco del “quebracho colorado” se encontraba la miel denominada alebanaté o alobanaté (Paucke 2010). La obtención de este recurso también requería el conocimiento y los instrumentos mecánicos para su posible extracción ya sea hachas, sogas, y escaleras -tal vez otros más- que Florian Paucke ilustró muy detalladamente en una de sus acuarelas

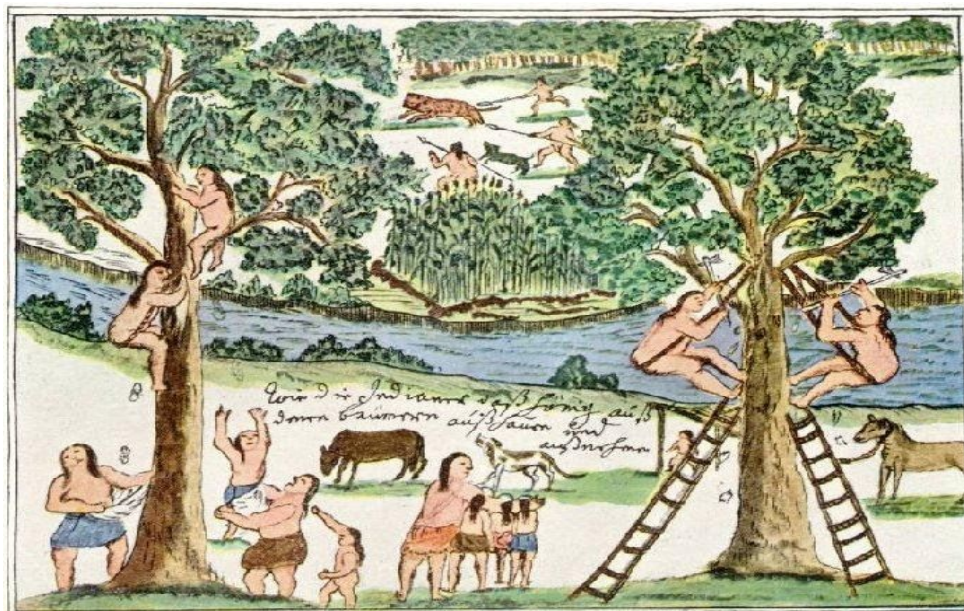


Figura 1: “En busca de la miel”, acuarela de Paucke “De cómo los Indios sacan a hacha y retiran de los árboles la miel” Fuente: Banco de imágenes Florian Paucke, Archivo General de la Provincia de Santa Fe

⁴ Autores que han tratado esta temática han sido Vitar (1997), Rosso (2012), Scala (2019), entre otros. incluso, se trata de una actividad ampliamente detallada por los jesuitas que misionaron en el Chaco como Paucke y Dobrizhoffer.

Asimismo el misionero Olcina explica sobre la abundancia y la variedad de miel y abejas, demostrando el profundo conocimiento que tenían los vilelas -como todos los grupos del Chaco- de los insectos distinguiendo entre los que nidifican bajo la tierra de los que lo hacen dentro de los troncos:

Se pueden cierto modo llamar fruto de los árboles, porque ordinariamente se halla en los huecos de los troncos aunque hay también algunas especies de abejas que forman sus panales entre las yerbas, y otras debajo de tierra. Es tal la variedad de especies de abejas, y tan prodigiosa la cantidad de miel, que se halla en aquellos bosques, que en cierta manera se le ha concedido el Creador con una especie de prodigalidad, para recompensar al Chaco falta de otras frutas exquisitas que le ha negado (Olcina en Furlong, 1939:29)

Siguiendo a los mocovíes nuevamente, según Paucke (2010:307) la miel se obtenía “En seguida de comenzar la primavera que comienza en el mes de agosto se ocupan los indios con sus mujeres en juntar la miel para hacer de ella la bebida que entre las bebidas es la más fuerte”. Es a través de estas palabras que podemos reflexionar sobre la importancia que tenía este recurso en la vida social del grupo en sí. Primeramente se trataba de una actividad realizada en conjunto entre hombres y mujeres, a diferencia de la caza y de la recolección de frutos donde se visibiliza una marcada división sexual del trabajo. En segundo lugar, destacamos el valor que tenía en la elaboración de bebidas alcohólicas tomadas durante las festividades y borracheras. Según Paucke (2010:307) “se ocupan los indios con sus mujeres en juntar la miel para hacer de ella la bebida que entre las bebidas es la más fuerte, los emborracha pronto y causa fuerte dolor de cabeza”. Como habíamos explicitado anteriormente, las borracheras también fueron registradas entre los lules y vilelas, quienes le dan un lugar central a la miel como un producto fundamental para la elaboración de la chicha que les permitía llevar a cabo los encuentros ceremoniales. Específicamente sobre los lules, Maccioni expone:

Después se mantienen de la miel, que sacan de los árboles, y de debajo de tierra, donde labran sus panales algunas abejas y también con frutas silvestres, de las cuales y de la

miel hacen todo el año las bebidas para sus borracheras que celebran con grande solemnidad cuando la cantidad de bebida es copiosa (Maccioni en Furlong 1941:25).

Se deja al descubierto la preponderancia de este recurso dentro de la vida social de numerosos grupos nativos de la región. Este patrón aprueba la posibilidad de indagar sobre las importancias simbólicas que tuvo este alimento para la región, no solo desde una óptica micro sino también desde una macro.

Por último pero no menos importante, queremos referirnos al intercambio que los grupos indígenas mantenían con el sector colonial. La miel era un bienpreciado para la sociedad hispanocriolla, por lo tanto abría canales de comunicación e interacción en las fronteras pero también en el interior del Chaco. Por su parte Medrano y Rosso (2010) analizan el intercambio de los grupos guaycurúes con la cera obtenida de panales silvestres, que implicaba un comercio organizado en torno a este producto. Vitar (1991), explica que los lules y vilelas -mientras no fueron reducidos- mantuvieron contactos e intercambios pacíficos y regulares con los “mелeros” que buscaban la cera y la miel para su comercialización dentro de la colonia. Pero, asimismo Farberman (2011) explica que la reducción de San José de Vilelas -en la que convivían vilelas junto a mataraes- fue una estrategia promovida desde sectores hispanocriollos que permitía que los vilelas salieran “por tercios” a recolectar a miel, además del aprovechamiento de ambos grupos indígenas como “indios domésticos” en el comercio de la miel y la cera. A propósito de lo dicho, los intercambios deben entenderse dentro una serie de transformaciones en relación a la organización colonial y misional que impulso nuevas estrategias ante los cambios circundantes. Además, seguramente estos intercambios consolidaban redes entre distintos grupos donde no solo circulaban productos sino también informaciones, ideas, conocimientos y tecnologías.

Consideraciones finales

En este trabajo identificamos ciertas relaciones con el ambiente en el interior del Chaco en contextos pre y reduccionales. Observamos la elaboración de diversas estrategias económicas y de ritmos de movilidad que muchas veces supieron responder a recursos naturales y factores ecológicos. Esta perspectiva proporciona un nuevo aporte a la deconstrucción de los modelos binarios que señala la oposición entre indígenas sedentarios y agrícolas vs nómades y ecuestres,

viendo que la movilidad, como en el caso de los lules y vilelas, era una estrategia económica asociada a los recursos que proveía el ambiente. Por otro lado, -resaltamos- que en el caso de los mocovíes, la misión fue un espacio donde sus prácticas y concepciones de territorialidad fueron resignificadas a partir de la introducción de la incorporación de la agricultura.

Finalmente, para avanzar en la comprensión de las dinámicas territoriales a partir de la miel, pensamos que sería metodológicamente interesante valernos del concepto de “nodos territoriales” propuesto por Enrique (2018) es decir, que consideramos que algunos espacios de extracción de la miel conformaban áreas que propiciaron la concentración y flujos de personas, recursos, sentidos, informaciones e intereses que se articularon de modo dinámico y creativo. Consideramos que la miel fue un bienpreciado no solo tradicionalmente para los pueblos nativos del Chaco sino también para todos los sectores de la sociedad colonial y que, las actividades asociadas a su extracción y consumo, generaron relaciones interétnicas diversas y fluidas. Entre las distintas posibilidades de empleo prevalece el consumo, pero observamos cómo además fue motor para construcción de categorías sociales como los “meleros”, autorizando a pensar la potencialidad de la miel como recurso que organizaba la región, tanto del espacio fronterizo como al interior del Chaco.

Bibliografía

BARTH, Fredrik (comp.) 1976. Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales. México, FCE.

BOCCARA, Guillaume 2011. “Antropología política en los márgenes del Nuevo Mundo. Categorías coloniales, tipología antropológica y producción de la diferencia”. En Giudicelli, Fronteras movedizas. Clasificaciones coloniales y dinámicas socioculturales en las fronteras americanas. México, El Colegio de Michoacán, 103-135.

CASTRO OLAÑETA, Isabel 2013. “Donde estan situados los mas yndios de la jurisdiccion desta ciudad. Un acercamiento etnohistórico a las encomiendas y pueblos de indios del Río Salado. Santiago del Estero entre fines del siglo XVI y principios del siglo XVII”. Surandino Monográfico 3:2.

Enrique, L. A. 2018 Huellas del paisaje colonial en las narrativas fundacionales sobre la frontera sur. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

FARBERMAN, Judith 2011. Entre intermediarios fronterizos y guardianes de Chaco. La larga historia de los mataraes santiagueños. Nuevo mundo 11. Disponible en: <https://journals.openedition.org/nuevomundo/61448>

FARBERMAN Judith & TABOADA Constanza. 2018 “¿“Lules nómades” y “lules sedentarios”? Sociedades indígenas, movilidad y prácticas de subsistencia en la llanura santiagueña prehispánica y colonial (Santiago del Estero, Argentina)” *Andes, Antropología e Historia*. Vol. 2, N°29, 2018, pp. 1-24 | ISSN N° 1668-8090

FURLONG, Guillermo

1939. Entre los vilelas de Salta. Según noticias de los misioneros jesuitas Bernardo Castro, Joaquín Camaño, Antonio Moxi, Vicente Olcina, Alonso Sanchez, Roque Gorostiza, José Jolis, Antonio García, Tomás Borrego y Pedro Juan Andreu. Buenos Aires, Academia Literaria del Plata, 1939.

1941. Entre los lules de Tucumán según noticias de los misioneros jesuitas Antonio Machoni, Pedro Lozano, Pedro Juan Andreu, Pedro Artigas, José Jolis, Pedro Francisco Charveloix, José Peramás y Francisco Barnechea. Buenos Aires, Talleres Gráficos San Pablo.

GOLLUSCIO, Lucia 2015. Huellas de trayectorias y contactos en el sistema lingüístico: el caso vilela. In Bernard Comrie & Lucía Golluscio (eds.), *Language contact and Documentation / Contacto lingüístico y documentación*, 77–120. Berlin: De Gruyter Mouton.

LORANDI, Ana María 1980. “La frontera oriental del Tawantinsuyu: el Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo”. En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 14:1. Buenos Aires

LUCAIOLI, Carina 2017 Repensando el imaginario colonial sobre los grupos indígenas del Chaco austral. *Revista TEFROS*, Vol. 15, N° 2, julio-diciembre:8-28.

MEDRANO, Celeste & Cintia ROSSO 2010. Otra civilización de la miel: utilización de miel en grupos indígenas guaycurúes a partir de la evidencia de fuentes jesuitas (S. XVIII). *Revista Espaço Amerindio* vol. 4 no. 2, 147-171. Porto Alegre. nos Aires, 147-165.

NACUZZI, Lidia 1998. *Identidades Impuestas*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología

NACUZZI, Lidia & LUCAIOLI Carina

2010. *Fronteras: espacios de interacción en las tierras bajas de sur América*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología

2014. Perspectivas antropológicas para el análisis histórico de las fronteras. En Trinchero, H., L. Campos Muñoz y S. Valverde (comps.); *Pueblos indígenas, estados nacionales y fronteras. Tensiones y paradojas de los procesos de transición contemporáneos en América Latina*, I: 27-71. Buenos Aires, FFYL/UAHC/FLACSO

NESIS, Florencia 2005. *Los grupos mocoví en el siglo XVIII*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología

PAUCKE, Florián 2010. *Hacia allá y para acá*. Santa Fe: Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.

PENSA, Laura 2017 *Los grupos tobas en el Chaco del siglo XVIII*. Edición Periplos.

ROSSO, C. N. 2012. *La etnobotánica de los grupos mocovíes de la reducción de San Javier, en el Gran Chaco, durante el siglo XVIII* Tesis doctoral Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires

SCALA, Josefina 2019 *La reducción jesuítica de San Javier de mocovíes*. Edición Periplos.

SCARPA, Gustavo & ROSSO Cintia 2014 La etnobotánica moqoit inédita de Raúl Martínez Crovetto I: descripción, actualización, y análisis de la nomenclatura indígena. Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica. 623-647

VITAR, Beatriz

1991. Las relaciones entre los indígenas y el mundo colonial en un espacio conflictivo: la frontera tucumano-chaqueña en el siglo XVIII. Revista Española de Antropología Americana, 21, 243-278

1997. Guerra y Misión en la frontera Chaqueña del Tucumán (1700-1767). Madrid, CSIC, Biblioteca de la historia de América.